PLAZA PUBLICA

Miguel Angel Granados Chapa

- Elecciones aquí y allá
- ¡Tengan su Washington!

Luego de las elecciones efectuadas ayer en Puebla, Sinaloa y Tamaulipas, donde se producen ya reacciones en sentido semejante a las de otras secuelas poselectorales, el contraste con los comicios efectuados la semana pasada en Estados Unidos se acentúa fuertemente.

La tecnología del conteo rápido y confiable de los votos, como se practicó el martes pasado en Estados Unidos, es deseable en México. La jornada electoral fue ardua. Abarcó a más de cien millones de votantes, se refirió no sólo a la Presidencia sino a un tercio del Senado y de la Cámara de Representantes. Hubo además elecciones locales (para gobernador y legislaturas estatales) en un buen número de entidades, y en otras se plantearon a los votantes cuestiones de mayor o menor importancia, a resolver por la vía del referéndum. La extensión territorial es tan vasta que comprende tres husos horarios. Con todo, poco después de cerrada la votación las cifras eran hechas del conocimiento público. Antes de la medianoche los candidatos derrotados felicitaron al triunfador por su victoria, y el gobernador de Arkansas compareció ante sus partidarios, en el pórtico del palacio de gobierno de Little Rock, para

recibir adhesiones y pronunciar su mensaje inicial, en calidad de Presidente virtualmente electo. Es obvio que ese modo de obrar debe sernos apetecible en nuestro país, donde tantos problemas derivan de la sola demora de la información electoral, causada a su vez por el sistema de sospechas y cerrojos que (por efecto de la desconfianza que está en la base de la legislación electoral) complica las funciones de votar y contar los votos.

(No faltó un gracioso que proponga a Estados Unidos un intercambio de tecnologías en materia de sucesiones gubernamentales. A cambio del *know how* electoral, los mexicanos ofreceríamos un compendio de teoría y práctica del interinato. Ahora los arkansacianos se ven en la inédita necesidad de designar un gobernador interino, que cubra la vacante dejada por Clinton. Para eso nos pintamos solos: más de media república está gobernada por funcionarios no elegidos, que sustituyeron a gobernadores alejados del mando por la fortuna o el infortunio

políticos. Hasta hemos llegado al virtuosismo de nombrarle suplente a un gobernador que no llegó a serlo, y de contar con un interino dentro de un interinato: ¿cómo no poder, entonces, auxiliar a Arkansas en su necesidad, cuya resolución es pan comido para los operadores de nuestra política?)

No deslumbró a los mexicanos únicamente la posibilidad de saber, poco después de concluidos los comicios, quién ganó y quién perdió, sino que esta última situación haya correspondido al gobernante que aspiraba a la reelección. Es decir, nos asombra el que se entre en la contienda electoral sin la certidumbre de un triunfo asegurado por razones ajenas al voto (o determinantes de él), y que por lo tanto la oposición pueda alzarse con el triunfo, pues participa en igualdad de condiciones que el candidato del gobierno.

Si alguien propone el resultado del 3 de noviembre como aspiración política de aplicación local, sin embargo, nos expo-

nemos a que un político arcaico nos grite. ¡Tengan su Washington!, simultáneamente con un gesto de la mano sobre la mano. Sería la versión moderna del célebre *dictum* del líder Fernando Amilpa. Hace cuarenta y ocho años, dicho senador, único otro secretario general de la CTM en el último medio siglo (además de Fidel Velázquez), enfrentó los que eran para él ingenuos reclamos de la oposición mexicana. En La Habana se entronizaba entonces el régimen del doctor Roberto Grau San Martín, opositor que había vencido al gobierno. ¡Tengan su Cuba!, exclamó en la tribuna senatorial, con el ademán procaz que resistimos describir, pero indicativo de que si esa era una esperanza, más valdría olvidarse de ella.

La transparencia del voto, y la alternancia de partidos en el poder no son, sin duda, toda la democracia. Ni siquiera son toda la democracia electoral. Pero son aspectos de que nos sentimos alejados, y por eso se nos antoja aproximarnos a ellos.